

# BATURRILLO

## I

Voy a hablar de un libro de Justo de Lara, o, por su nombre verdadero, José de Armas y Cárdenas. Es una colección de artículos que aparecieron antes en periódicos y revistas.

Conozco a Justo de Lara desde mi verde juventud. Fuimos amigos siempre y seguimos siéndolo, a pesar de las vicisitudes de nuestras vidas inquietas y febriles. Yo salí de la Habana y Armas creo que se fué a Nueva York, en la misma fecha. Yo me vine a Madrid, la capital intelectual de las repúblicas iberoamericanas, digan lo que digan... los termómetros. Durante mucho tiempo dejé de tener noticias suyas hasta la aparición en la Habana de "Las Avispas" diario de su propiedad que vivió efímeramente, del cual fui corresponsal en Madrid. En ese periódico reveló Justo de Lara ser un excelente periodista; no sólo en lo serio sino en lo satírico. Los aguijonazos de sus avispas eran a veces aristofanescos.

Más tarde vi a Justo de Lara en Madrid. Creo que en esa época tuvo una entrevista con Cánovas del Castillo --el gran orador e historiador de la decadencia española. Hablamos varias veces de literatura española; pero entonces Armas--que escribía en inglés--no se mostraba muy simpatizador que digamos de las letras castellanas. Dejé de verle y años después nos encontramos en París donde yo radicaba. Justo de Lara tenía dinero y hasta creo que andaba a vueltas con un pleito que, según supe después, perdió con costas. El tuvo ocasión de ver que yo era siempre el mismo, limpio de toda fiebre ambiciosa, desdeñoso de vanidades y de pompas. Vivía en París sin deslumbramiento, sin el histerismo de la exhibición que tanto aqueja a los hispanoamericanos que van a la ciudad que baña el Sena. Entonces colaboraba yo en "La Revue"--y en el "Gil Blas". En este último periódico publicaba yo dos crónicas mensuales sobre el movimiento literario español.

De pronto desapareció Armas, con rumbo a la Habana o a Monte Carlo, no lo recuerdo bien.

## II

Yo seguí en París estudiando cuanto podía hasta que un día caí enfermo de muerte y un noble amigo me robó cuanto yo tenía. Vine a los Pirineos con un Consulado en busca de salud. El verdor pérenne de estas montañas

y el aire saturado de salitre y de aroma de los pinos, me devolvió en breve el vigor perdido.

En un viaje a Madrid tuve el gusto de volver a ver a Justo de Lara. Estaba de corresponsal del "New York Herald" en la villa del oso y de madroño. Un padecimiento hepático que le torturaba mucho, le retenía en el lecho a veces días enteros. Me daba dolor verle entre las garras de aque. mal terrible. Lo que me sorprendía era su buen humor congénito en medio de aquellos dolores capaces de rendir a un toro. Armas es un delirioso causeur; escéptico, irónico, malicioso p'cante... Tiene una memoria excelente y como ha leído mucho de todo, sabe adornar su charla con citas oportunas. El descreimiento que palpita en su conversación contrasta con el entusiasmo de que alardea en sus escritos. Es pródigo en alabanzas; no tiene reparo en llamar egregio a cualquier pelafustán. ¿Es benevolencia o desdén? Puede que ambas cosas. Ha elogiado a Hernández Catá...té--gallego, según unos y él mismo, cubano, según otros; pero escritor de chicha y nabo, según todos. Tiene pocos enemigos porque a todos incensa. Los críticos ilusos que ahora pululan por la Habana, como los cangrejos en Cárdenas (cuando yo vivía en Cárdenas, por lo menos) de seguro que no le darán las dentelladas que me dan a mí--según me dicen, porque yo no les leo, ni ganas. De uno de ellos leí un pedazo de crítica, en el cual decía que el "rocín rebuzna". ¿Qué dejará para el pollino? Hablaba cierta vez un mal orador e interrumpiéndose de pronto, dijo: "¿Quién ha rebuznado por ahí?"--A lo cual contestó un chusco:--"Es que hay eco."

## III

No voy a analizar gramaticalmente la prosa de Armas, no porque tema que los aludidos críticos ilusos me mancuernen con el carlistón de Balbuena--como si entre este jabalí literario y yo no hubiesen mares de antítesis--sino porque esta crítica anatómica suele ser engorrosa cuando no se la salpica con la pimienta de la burla. Los microcéfalos que hablan con desdén de la técnica son como los calvos que maldicen del peine.

El estilo de Armas se distingue por lo natural, mezcla de charla de sobremesa y de estilo de periodista. No es una prosa la suya castigada y pulida, rica de facetas, pictórica y ondulante. Responde a su complejidad intelectual, al predominio de sus facultades reflexivas sobre la imaginación. Es como una especie de reacción contra la palabrorrea altisonante que priva en los trópicos. Justo de Lara escribe al modo anglosajón, es decir con una a modo de sordina y sin mojar la pluma en tintas chillonas y agresivas al ojo. Un mal intencionado le tildaría acaso de no ser



PATRIMONIO  
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR  
DE LA HABANA

artista y si un prosador hecho en la rutina del foro o en las columnas de un diario político. El reproche sería injusto porque Armas ha revelado en sus críticas de pintura tener alma de artista.

Es paradójico y a menudo se contradice. En Madrid oí una noche que le criticaban acerbamente, pues no se explicaba que habiendo peleado con los yanquis por la independencia de Cuba, fuese defensor de la política de Maura...

En sus críticas de arte demuestra conocer a fondo la historia de la pintura y revela además originalidad de criterio. Convencerá o no, pero divierte e instruye. ¿No trató de probar que la Joconda de Madrid vale más que la del Louvre, de París? ¿No ha tratado de probar que el autor del falso Quijote fué el duque de Sesa?

De los artículos que contiene esta colección hay algunos verdaderamente notables como el dedicado a Hernando de Acuña y a Edgard Poe. Estamos en el siglo de las rectificaciones. Espronceda no fué como le pintan: un crapuloso y un romántico, sino un hombre de orden. Poe tampoco fué el borracho que se caía por las calles de Nueva York. "La verdad sobre Poe—dice Armas—es que fué un hombre de alma generosa, un buen amigo, casi un modelo de virtudes privadas. Nada más incierto que las orgías en que se cuenta tomó parte, ni que se debiera su muerte a un ataque de "delirium tremens", en medio del cual—como si semejante cosa fuera posible—escribió uno de sus más espeluznantes cuentos fantásticos."

Poe—añade Armas—"despertó el odio de almas viles, roídas por la envidia. No pudieron negar sus méritos intelectuales, se conformaron con calumniarlo como hombre."

La cosa no es nueva y lo peor es que sigue repitiéndose. Al escritor original e independiente se le llená de lodo. Recuérdese la campaña de difamación en París contra Zola, novelista, dicho sea de paso, que no parece ser de la devoción de Armas.

¿Que vamos a reñir, querido Justo de Lara! ¿Es posible que hombre de tu cultura, que tanto ha vivido y viajado predique la moral en el arte? El arte, como la vida, es impúdico y candoroso a la vez. Ya en esto deja de ser original el notable cervantista, porque como él discurren—perdón— todos los críticos cursis y las beatas que, según Campoamor, prefieren besar un perro en el hocico a un hombre. Yo sé que mi novela "En la noche dormida" le escandalizó, en términos de no haberla ni querido citar en sus crónicas literarias. (!)

Una obra de arte, si está bien hecha, no puede ser inmoral—y así pensaba Gustavo Flaubert.—Hay otras cosas que son realmente inmorales. Las audacias de plumas son inocentes al paso que las acciones que fluctúan entre lo que se ha llamado moral e inmoral, perjudican porque lesionan, por lo común, los intereses de un tercero. ¿Cree Justo de Lara que la literatura corrompe?

¿No cree más bien, que las costumbres se imponen al novelista? Acabo de leer un un diario parisiense que no hay que juzgar a las francesas por las pinturas de los novelistas y dramaturgos franceses. De suerte que, según ese diario, los hombres de talento no son los que saben juzgar sino los iletrados y los obtusos. ¿Qué sofisma!

La humanidad es de suyo hipócrita y no quiere verse retratada porque sus vicios son más que sus virtudes, afirman o que afirmen esos optimistas que, como dijo el clásico, sólo llaman bueno a Dios después de comer.

Yo no soy exclusivista y creo que los que lo ven todo color de rosa son los espíritus falsos o las panzas satisfechas. El idealismo es el refugio de los que no saben o no pueden ver la realidad cara a cara. Un espíritu analítico ve siempre la parte triste de la vida y esto no significa que predique el suicidio o el nirvana. Al extremo de cada placer hay un desengaño o un hastío, como al terminar un día hay siempre un ocaso. ¿Qué es mejor: el optimismo o el pesimismo? Hay dos clases de pesimismo: uno intelectual, filosófico, que

nace de la observación y otro sentimental cuya raíz hay que buscarla en el estado mórbido de los centros nerviosos. El primero es fructífero, porque señala el mal a fin de que se corrija y el segundo sirve de vehículo al arte, fundado todo él en la melancolía y en el dolor del vivir.

El pesimismo alemán, disuelto en las obras de sus filósofos, ha educado a las legiones que se batían en Rusia y en Bélgica con denuedo incomparable. No, el pesimismo no es la muerte, como dicen muchos que no saben lo que se pescan. El pesimismo es una especie de advertencia o de profilaxis para evitar la difusión del mal.

Fray CANDIL.

Biarritz, septiem bre 1915.



PATRIMONIO DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR DE LA HABANA